

tas, dijo que estaba encargado de despachos importantes y declaró que no quería entregar estos despachos sino á la persona á quien venian destinados, es decir, á madama misma.

Previnieron á madama de lo que pasaba, y no concibió la menor sospecha.

El 30 de Octubre dió órdenes á M. Duguigny de que fuese al hotel de Francia, que preguntara por M. Gonzague, y se le acercase diciéndole: *Señor, llegais de España?* y le presentase la mitad de una tarjeta partida.

Si M. Gonzague presentaba la otra mitad de esta tarjeta y se avenian las dos mitades, M. Duguigny debia conducir al mensajero.

M. Duguigny fué al hotel de Francia, y encontró á M. Gonzague, que no era otro que Dentz. Dentz llenó la condicion indicada, y M. Duguigny convencido de que habia encontrado realmente al hombre que necesitaba madama, se ofreció á guiarlo.

En el camino se detuvo Dentz, parecia inquieto, y quiso saber de una manera precisa á donde se le conducia.

—Os conduzco, dijo M. Duguigny, á una casa donde irá madama á daros audiencia, y que dejará despues.

Dentz no preguntó mas, y se dejó introducir á un cuarto donde estaban las dos señoritas. Duguigny, la señorita Stilyle de Kersabiec y M. Guibourg.

—Ha llegado madama, preguntó Duguigny, para hacer creer á Dentz que no habitaba en la casa.

—Creo que sí, respondió la señorita de Kersabiec, porque acabamos de oír ruido en el cuarto vecino.

A este tiempo entró M. de Menars,

Dentz se estremeció; aunque habia visto á M. de Menars en Italia no lo conoció.

—Qué es esto! dónde estoy? exclamó.

M. de Menars se dió á conocer, y Dentz se tranquilizó.

Tras de M. de Menars entró madama; pero Dentz declaró entonces que queria hablar á la duquesa á solas.

Madama cometió la imprudencia de hacerlo subir á la boardilla que hemos descrito, y que, como dijimos, era el escondite de la princesa.

Duró la conferencia hasta las ocho de la noche.

Se fijó otra para el dia 6 de Noviembre en el mismo lugar.

CAPÍTULO VIII.

EL 6 por la mañana, Dentz fué á ver á M. de Bourmont, le anunció que en la tarde debia ver á la duquesa, é insistió con ahinco para que asistiese á la entrevista.

Dentz queria hacer prender al mariscal junto con madama; pero M. de Bourmont habia resuelto dejar á Nantes; y por su fortuna, sin haber dicho nada de sus proyectos á Dentz, salió de la ciudad cerca de las cinco de la tarde, aunque acometido de una calentura ardiente, y que necesitaba del brazo de un amigo para tenerse en pié.

Al mismo tiempo la autoridad tomaba todas sus medidas, porque era en la misma tarde en la que debia ser arrestada la duquesa de Berry.

A la hora convenida, Dentz fué introducido cerca de la princesa. Esta vez estaba enteramente tranquilo, y mada-

ma no le notó ninguna turbacion. Durante la entrevista, entró un jóven y mandó á la duquesa una carta en la que la anunciaba que la hacian traicion.

La duquesa dió la carta á Deutz.

El miserable era tan dueño de sí, que ningun cambio se notó en su fisonomía, y se despidió protestando su rendimiento y fidelidad.

Pero la casa estaba cercada, y la puerta de la calle que se habia cerrado tras de Deutz, se volvió á abrir inmediatamente para dar paso á los soldados precedidos de los comisarios de policia que se lanzaron á la casa pistola en mano.

Sin embargo, no invadieron tan rapidamente la casa, que madama, la señorita Stélyle de Kersabiec, M. de Mesnars y M. Guibourg no tuviesen tiempo de refugiarse en su escondite.

Cuando los gendarmes entraron en el cuarto, los cuatro habian desaparecido.

En apariencia, la casa ya no estaba ocupada mas que por las dos señoritas Duguigny, madama de Charette y la señorita Celeste de Kersabiec.

Al momento, M. Mauricio Duval ordenó que se hiciesen las pesquisas mas minuciosas.

Sobre todo el cuarto designado por Deutz como sala de recibir de la duquesa, fué objeto de las mas constantes investigaciones.

No se encontró nada; pero sin embargo, como estaban seguros de que la duquesa no habia salido de la casa, se decidió que fuese ocupada militarmente mientras la descubrian.

Dos gendarmes se instalaron en el tejado; el general Dermoucourt, comandante militar de la ciudad de Nantes, su secretario Rusconi y el prefecto, M. Mauricio Duval, ocuparon el primer piso.

La duquesa de Berry y sus compañeros, separados de los

que los buscaban, por un simple tabique, habian asistido invisibles al consejo tenido, y comprendido con una verdadera desesperacion la determinacion tomada.

Pronto un calor insoportable invadió el escondite. Los dos gendarmes que habian quedado de centinelas en el cuarto, procuraron para combatir el frio que los acometia, hacer lumbre con paquetes de *Quotidiana* que habian encontrado sobre una mesita que estaba cerca de la ventana.

Aun se sostuvieron algun tiempo los prisioneros; respiraban por medio de una pequeña abertura á la cual arrimaban la boca uno tras de otro; en fin, no pudieron resistir mas, el fuego se habia comunicado de la placa hecha ascua al vestido de madama.

La señorita Stélyle de Kersabiec gritó:

—Vamos á salir, quitad el fuego.

Los gendarmes se quedaron atónitos; pues ignoraban de donde venia esta voz. Sin embargo obedecieron, sacaron el fuego, y la placa de la chimenea se abrió empujada por una patada de M. Guibourg.

Cinco minutos y los prisioneros se hubieran asfixiado.

Corrieron á prevenir al general Dermoucourt, mientras los prisioneros salian arrastrándose por el hogar abrasador.

Cuando llegó el general ya estaban los cuatro fuera del escondite.

El traje de madama era de una tela de lana verde llamada Napolitana, cuya parte inferior, como dijimos, estaba enteramente quemada.

Sobre este vestido llevaba un delantal de seda negra. En las bolsas traia trece mil quinientos francos que al momento dió á los gendarmes.

Su calzado consistia en unas pantuflas de orillo.

Diez y seis horas habia estado en el escondite.

Luego que vió al general se le acercó.

—General, le dijo, fio en vuestra lealtad.

—Madama, respondió éste, estais bajo la salvaguardia del honor francés.

Dos dias despues se embarcaba la duquesa en un pequeño brick de guerra mandado por el capitán Mollien.

Iban con ella M. de Mesnars y la señorita de Kersabiec, Todo lo que poseia lo llevaba en un pañuelo.

¡Oh reina María Amelia! ¡qué lágrimas tan amargas deramarais cuando supisteis que insultada por un prefecto que permaneció ante ella con el sombrero puesto, vuestra sobrina, la nuera de Carlos X, á cuya solicitacion debió vuestro marido el título de A. R., la llevaban presa á la ciudadela de Blaye, donde se le preparaba el deshonor de un parto público!

Y sin embargo, aun debió tener la duquesa dulces momentos en esa ciudadela de Blaye, donde recibió tantas señales de rendimiento.

M. de Chateaubriand, la escribió de Génova:

“Madama: me juzgareis muy temerario al importunaros en semejante momento, suplicándoos me otorgueis una gracia, última ambicion de mi vida: desearia ardientemente que me contaseis en el número de vuestros defensores. No tengo ningun título al favor que solicito de vuestra nueva grandeza; pero me atrevo á pedirla en nombre de un príncipe cuyo historiador os dignasteis nombrarme. Lo espero aun como el precio de la sangre de mi familia. Mi hermano tuvo la gloria de morir con su ilustre abuelo, M. de Malesherbes, defensor de Luis XVI, el mismo dia, la misma hora, por la misma causa y sobre el mismo cadalso.”

Estos testimonios de adhesion le eran tanto mas preciosos cuanto que acababan de quitarle á sus dos mejores amigos, M. de Mesnars y la señorita Stélyle de Kersabiec, y que los habian reemplazado por M. de Brissac y madama

de Hautefort, los dos celosos realistas, los dos servidores decididos de la princesa, pero que no eran amigos tan antiguos como aquellos de quienes la habian separado.

Esta aprehension de la duquesa de Berry produjo una sensacion inmensa en Paris, y puso en grande embarazo al gobierno que la habia efectuado.

En efecto, qué iba á hacer el rey? Delataria á la princesa á los tribunales? Atraeria sobre su cabeza, culpable del mismo crimen, el mismo castigo que habia hecho caer sobre las cabezas republicanas?

Ó bien, cediendo á consideraciones de familia, á los lazos del parentesco, se contentaria con hacer arrojar impune sobre las costas de Italia á la mujer que acababa de sublevar la Vandée?

Si entregaba á la princesa á un proceso público, se malquistaba con todos los soberanos de Europa.

Si la enviaba sana y salva, se esponia á las justas acusaciones, no solo del partido republicano, sino tambien del lado izquierdo de la cámara.

Tuvo lugar en la cámara una sesion vehemente que no produjo mas que redoblar la odiosidad entre los partidos, y las amenazas entre los adversarios.

De repente llegó á las Tullerías un despacho telegráfico fechado el 17 de Enero.

“En la noche del 16 al 17, decia este despacho, madama la duquesa de Berry ha tenido vómitos.”

“Se cree que S. A. R. está en cinta.”

Era un medio triste, un medio casi vergonzoso de salir del paso; pero en fin, era un medio de salir de él.

La noticia se acogió con alegría.

El 22 de Enero por la mañana, los diarios ministeriales anunciaron que MM. Orfila y Auvity habian salido para Blaye, donde los llamaban para un caso de medicina legal.

Causó grande emocion la lectura del terrible despacho.

Cuál era este caso de medicina legal que iban á justificar los dos ilustres intérpretes de la ciencia?

El 24 de Enero, MM. Orfila y Auvity llegaron á Blaye-fueron recibidos por la princesa, y probaron, en una relacion hecha de acuerdo con MM. Gintrac y Berthe:

“Que la princesa, nacida de padres tísicos presentaba los síntomas de una afeccion pulmonaria, que estaba sujeta á inflamaciones de pecho y entrañas, que casi siempre despues de sus paseos por la muralla, se veia acometida de una tosecita seca cuyo carácter era alarmante, que su salud reclamaba precauciones serias; que debia imponerse, en fin, la obligacion de no salir sino cerca de medio dia, sobre todo en una ciudad en que el frio era tan vivo, y en que las nieblas, causadas por la proximidad del rio, eran espesas y mal sanas.”

No era esto lo que esperaba el gobierno; y por lo tanto se ocultó entre los papeles del ministerio del interior, en el que M. d'Argout acababa de reemplazar á M. Thiers.

Sin embargo, la famosa frase de los diarios ministeriales: *para resolver un caso de medicina legal*, hizo su efecto.

El *Corsaire*, en su calidad de escaramuzador, fué el primero que creyó descubrir el misterio oculto en esta frase, y dejó entrever que este caso de medicina legal, podia ser muy bien una preñez.

Al dia siguiente, M. Eugenio Briffaut se batió con un realista, y salió herido de un brazo.

A los dos dias, el *Corsaire* reprodujo una acusacion mas afirmativa y recibió otra provocacion.

Era mal medio de hacer callar al partido republicano, esta política de intimidacion, á él que se distinguia, sobre todo, por un valor insensato que lo ponía siempre por delante.

Tambien, el mismo dia, el *National* y la *Tribune* arrojaban desdeñosamente el guante á los legitimistas.

Siempre el primero sobre la brecha en esta clase de negocios, Armando Carrel escribia en el *National*.

“Parece que ha llegado el momento de probar la famosa liga carlo-republicana: para esto no tienen que hacer los señores caballeros-sirvientes mas que decir cuantos son; que se vean una vez y no se vuelva á tratar de ello; nosotros no hemos de ir á buscar gentes del justo-medio para que nos ayuden.”

Al mismo tiempo Godofredo Cavaignac, Marrast y Garderin, á nombre del partido republicano, dirigian este cartel al diario el *Revenant*:

“Os enviamos una lista de doce personas; no os pedimos tampoco doce duelos simultáneos, sino doce duelos sucesivos, en tiempos y lugares en que convendremos con facilidad: nada de excusas ni pretextos que no os salvarian de una cobardía, ni sobre todo de las consecuencias que arrastra; entre vuestro partido y el nuestro se ha empeñado la guerra en lo de adelante por un combate: no habrá tregua hasta que uno de los dos se haya doblegado ante el otro.”

El 2 de Febrero tuvo lugar el primer duelo entre MM. Roux Laborde y Armando Carrel; siempre caballeresco hasta la exageracion, Armando Carrel no habia querido ceder á nadie la primacia.

El combate duró mas de tres minutos; M. Roux Laborde recibió dos heridas lijeras en el brazo: M. Armando Carrel una grave en el costado derecho.

La espada habia atravesado la hiel.

Dificil seria formarse una idea de la sensacion que produjo este primer combate; M. de Chateaubriand y M. Dupin se encontraron en la puerta del herido, cuando iban á informarse de su estado.

Se decidió que los combates continuasen, y se reunieron para decidir el lugar y las armas.